

Sociológica, año 20, número 59, septiembre-diciembre de 2005, pp. 93-114
Fecha de recepción 07/10/04, fecha de aceptación 21/02/05

Max Weber: el valor de las preguntas *Manuel Gil Antón**

RESUMEN

El artículo propone, como tesis central, que en el inicio de todo proceder científico perdurable no está la observación sino el cambio en la manera de preguntar, que ya anticipa a otra teoría. Desarrolla la idea de que uno de los aportes más significativos de Max Weber es el cambio en la pregunta que conduce a la actividad sociológica. Con base en los aportes de Piaget y Popper se ubica el punto de vista metodológico y teórico de Weber, y la importancia de generar, en el campo propio de una forma de hacer sociología como “ciencia de realidad”, un lugar para el azar que nos constituye.

PALABRAS CLAVE: Max Weber, metodología y epistemología, Jean Piaget, Karl Popper, papel de azar en la investigación científica

ABSTRACT

The central thesis of this article is that at the beginning of every long-term scientific endeavor is not observation but a change in the way of asking the question, since this comes before any new theory. It develops the idea that one of Max Weber's most significant contributions is having changed the question that leads to sociological activity. Based on Piaget's and Popper's contributions, the article situates Weber's methodological and theoretical point of view and the importance of generating a place, in a field proper to a way of doing sociology as a “science of reality”, for the chance that constitutes us.

KEY WORDS: Max Weber, methodology and epistemology, Jean Piaget, Karl Popper, the role of chance in scientific research

* Profesor-investigador del Departamento de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Iztapalapa. Correo electrónico: maga@correo.azc.uam.mx

arriesgarse a romper con la continuidad conociéndola a fondo. La novedad de las preguntas ha ocurrido en muchos campos del saber humano. A guisa de ejemplo, se pueden mencionar las siguientes dos transiciones en el modo de inquirir:

1. Entre la corriente dominante de corte aristotélico, la cual propuso durante siglos como pregunta a responder: *¿qué es el movimiento?*, a la novedad newtoniana radical: *¿cómo se mueven los objetos?*, se pasa, entonces, de una pregunta que remite a la búsqueda de la esencia del movimiento a otra que enfoca la mirada en las relaciones entre los móviles (Piaget y García, 1992: 228).
2. En la epistemología ocurre algo similar: la cuestión clásica hasta el siglo xx había sido: *¿qué es el conocimiento?*, de la que resultaba lógico obtener respuestas esencialistas (metafísicas), o bien esfuerzos normativos para determinar lo que era o no cuestión científica, como lo intentó el Círculo de Viena. Ya Kant había mellado el tipo de pregunta, pues propuso otra: *¿qué podemos conocer nosotros, los humanos?* De este modo, abrió una ancha avenida a la consideración del problema del conocimiento, negando el camino al “conocimiento en sí” como parte del proyecto humano cognitivo y dando cauce al saber sobre lo fenoménico: “lo que las cosas son para nosotros”, aunque postula una serie de categorías y modalidades “propias y fijas” en la estructura organizadora de la razón.

El cambio más profundo en este campo se lo debemos a Piaget y deriva, otra vez, de una pregunta sorprendente: *¿Cómo se da el pasaje de los estados de menor conocimiento a los estados de conocimiento más avanzados?* (Piaget, 1979: vol. 1, 16).¹

EL NÚCLEO DEL APORTE WEBERIANO

En este texto argumentaré que la genialidad y pertinencia de la obra de Max Weber procede de un cambio en la pregunta en relación con el conocimiento de las relaciones y estructuras sociales. En la física y la epistemología hay una aparente sutil diferencia entre

¹ Podría considerar el lector, también, la obra de Darwin –tan mal comprendida en general, sobre todo entre los científicos sociales–, que encierra, como es lógico, un cambio de enfoque profundo con respecto a las aproximaciones biológicas precedentes.

iniciar la pregunta con un *qué* o mediante un *cómo*. Sólo resulta menor si no comprendemos las consecuencias que arrastra consigo. La primera forma empuja a la búsqueda de rasgos inteligibles invariantes más allá de los fenómenos observables, suponiendo ontológicamente la existencia de una dimensión esencial –detrás de lo físico concebido como “apariencia”– y, además, dando por sentado que nos es posible, cognitivamente, alcanzar ese sustrato “que hace ser a las cosas lo que son, válido en todo tiempo y lugar, con independencia del observador”, esto es, dar cuenta de su sustancia haciendo a un lado lo superfluo, lo “accidental”. Si la pregunta inicia con un *cómo* orienta a la indagación por otro sendero: a la búsqueda y propuesta de relaciones o estructuras analíticas, factibles de ser sometidas al más estricto control lógico en las proposiciones teóricas que las sostienen, a la idoneidad del método seguido por el investigador y, en caso de ser, como afirma Weber, “ciencias de la realidad”, a la más exigente prueba de su consistencia al ponerlas en correspondencia con la zona de los fenómenos, hecha observable y sujeta a estudio.

Hace veinte años, al terminar el curso sobre la obra de Max Weber en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede México, Luis F. Aguilar Villanueva comentó que, a su juicio, el aporte fundamental de Weber consistía en una propuesta para hacer sociología que no partía del supuesto del conocimiento esencial de la realidad social del que surgieran leyes inmutables. Aguilar mostraba que un supuesto de naturaleza ontológica en la obra de Weber consistía en la fuerte presencia de valores en la organización básica de todas y cada una de las sociedades y, por otro lado, en una convicción, esta vez de naturaleza histórica y epistemológica: la imposibilidad de establecer, mediante procedimientos científicos, “valores universales” ni para la especie humana ni para cualquier tipo de sociedad a lo largo de su devenir. En consecuencia, Weber no proponía una teoría sociológica universal para hacer posible el trabajo sociológico sino, como consta en mis apuntes de clase: “Una propuesta teórica y metodológica rigurosa, confiable y fértil para desarrollar a la sociología –explicativa y comprensiva a la vez– como una disciplina científica”. Recuerdo mi asombro, frecuente surtidor de búsquedas, y siempre reconoceré en la obra –oral y escrita– de Aguilar esta apertura en mi mente.²

² Como parte de la quinta generación de la Maestría en Ciencias Sociales de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede México, disfruté en 1985 las clases del Dr. Aguilar

En otras palabras, Weber no propone responder a la cuestión de *qué* es la sociedad, sino a otra: *¿cómo podemos hacer sociología?*, y cómo lograr que ésta sea en sentido estricto una actividad científica sujeta a los cánones que se solicitan a todo quehacer basado en la construcción conceptual y en su relación de correspondencia, de nuevo nunca absoluta pero sí inteligible, con los fenómenos estudiados.

El cambio en la pregunta central que decide abordar Max Weber no es menor: tiene consecuencias profundas, y resulta admirable su fuerza de carácter para sostener su posición en un momento histórico profundamente dualista en relación con la actividad científica, pues o bien se hacía ciencia de la sociedad ajustándose plenamente a los modelos derivados del enorme impacto de la física clásica –la mecánica newtoniana– o bien se negaba esta opción a las “ciencias del espíritu”, estableciéndose en su ámbito la necesidad de operar con procesos empáticos no conceptuales, a partir de considerar como válido y obvio el supuesto de la “incalculabilidad” de la acción humana en contraste con la “calculabilidad” absoluta de las “ciencias de la naturaleza” (otro supuesto que la propia historia de la física ha derrumbado) (Weber, 1985).

Cambiar la pregunta, modificar el enfoque, retomar de ambas tradiciones –la científica y la humanística– aspectos útiles para su propuesta y ser un exigente crítico de sí mismo en todos sus trabajos es un legado inapreciable. Especialmente sus *Ensayos sobre metodología sociológica* (1993) dan cuenta del enorme esfuerzo realizado y permiten aproximarse a la construcción de la propuesta conceptual y metodológica weberiana, a mi entender vigente todavía en pleno siglo XXI.

Para sostener el argumento recurriré a diversos aportes de Jean Piaget y de Karl Popper como piso básico en la consideración de la obra de Weber. Luego propondré a juicio del lector el saldo metodológico del sociólogo alemán y concluiré con una reflexión sobre el papel del azar en el proceso de explicación comprensiva de los fenómenos sociales.

sobre la obra de Weber; posteriormente he sido reiterado lector de los dos volúmenes que con el título *Weber: la idea de ciencia social* (vol. 1, “La tradición” y vol. 2, “La innovación”) publicó en 1989.

UNA EPISTEMOLOGÍA CERCANA A LAS CIENCIAS

La buena ciencia implica, necesariamente, contactos con el trabajo epistemológico. Si se trata de un científico y no de un operador mecánico de técnicas ultra especializadas, como desafortunadamente ocurre con frecuencia en nuestros días, su labor lo empuja irremediablemente a cuestiones epistemológicas.

Jean Piaget se propuso, como tarea central, dilucidar problemas en torno a las posibilidades del conocimiento humano, incluyendo el científico, por supuesto. Su concepción de epistemología no era la de un saber externo, elaborado a partir de la introspección, y además con carácter normativo sobre el proceder de las ciencias, sino la de una tarea cotidiana de los investigadores. Por ello, para el campo específico de los temas troncales del conocimiento humano reclamó que éste fuese susceptible de todas las exigencias acordadas para cualquier ciencia empírica (Piaget, 1979: vol. I, 21).

Nada que ver, entonces, con un pretendido saber de saberes ajeno a las transiciones cognitivas a escala individual o científica, especulativo y altanero. A su entender existen cuatro niveles o dominios, analíticamente discernibles, en la reflexión epistemológica:

1. El correspondiente al “dominio material” de una ciencia, el cual se refiere, en sus palabras, al “conjunto de los objetos sobre los que ésta recae” (Piaget, 1979: vol. VII, 32). Tal es el caso, afirma, de los números o funciones en las matemáticas; los cuerpos y energías para la física, o las acciones humanas para la sociología. Cabe aclarar que cuando dice “objetos” Piaget no está hablando de “realidades en sí” o de cosas, sino de objetos de conocimiento, sólo observables desde una perspectiva teórica, así sea muy simple, para el caso del desarrollo cognitivo de un niño pequeño, o muy sofisticada tratándose de las ciencias. Por ende, este dominio material sólo es *visible* desde el segundo nivel.
2. El “dominio conceptual”. En este nivel se ubica “el conjunto de las teorías o conocimientos sistematizados, elaborado por la ciencia, sobre su objeto o sus objetos materiales” (Piaget, 1979: vol. VII, 33). Por ejemplo, teorías de los números, de las masas y energías o de los procesos que conducen la acción social.

A partir de la relación entre estos dos primeros dominios, inseparable en la práctica, las ciencias generan una reflexión sobre sus conceptualizaciones que las obliga a establecer su propia crítica. Y se trata, dice Piaget, de una crítica epistemológica.

Pongamos, como ejemplo, la pertinencia del concepto de anomia en Durkheim: es menester reflexionar acerca de la adecuación del concepto y sobre sus consecuencias previstas teóricamente al ponerlas en contraste con la realidad que se pretende explicar. Este proceso reflexivo entre los dominios material y conceptual genera el tercer nivel:

3. “Dominio epistemológico interno”. Piaget lo define, con toda claridad, como “[...] el conjunto de las teorías que tienen por objeto la búsqueda de los fundamentos o la crítica de las teorías del ‘dominio conceptual’” (1979: vol. VII, 35). Las ciencias no pueden eludir la reflexión crítica al respecto de la idoneidad de los conceptos con los que trabajan y su relación con los datos observados, y suelen preocuparse de manera intensa por los fundamentos de tales relaciones. Al hacerlo, a veces más pronto y en ocasiones más tarde, advierten que hay cuestiones que no son exclusivas de su propio campo del saber, sino que las problemáticas y los retos son comunes a otras –o a todas– las ciencias. De aquí surge el cuarto nivel.
4. El “dominio epistemológico derivado”, consistente en la práctica de atender a cuestiones comunes, generales, a toda actividad científica, tales como los papeles del sujeto y del objeto en el proceso cognitivo o, por citar alguna otra temática, el origen de las relaciones lógicas y el traslado de las relaciones necesarias a nivel lógico en una teoría, al atribuirse esa misma necesidad a las relaciones entre los objetos, corazón mismo del problema de la causalidad. En este nivel, señala Piaget, “[...] se deslinda el alcance epistemológico más general de los resultados obtenidos por la ciencia considerada y se comparan éstos con los de las demás ciencias” (Piaget, 1979: vol. VII, 36). Dado que rebasa las fronteras de cada una de las ciencias en particular se convierte en el dominio específico de una práctica epistemológica, de carácter científico, a la cual Piaget dedicó de manera central su obra, aunque para la mayoría de los lectores este autor sea más reconocido como psicólogo o

como pedagogo. La psicología genética y sus aplicaciones educativas fueron, en todo caso, zonas de experimentación, validación o refutación empírica de su teoría fundamental: el constructivismo genético.³

Max Weber reflexiona, a lo largo de toda su obra, desde el dominio interno de la sociología que propone, pero le es imposible escapar a la necesidad de abordar, de manera expresa o con aproximaciones, sin tematizarlas del todo, cuestiones propias del dominio epistemológico derivado.

Una mirada desde el constructivismo genético encuentra en las reflexiones metodológicas de Weber, en sus obras, material abundante para estudiar –dada la nitidez de los argumentos– el proceso continuo de relación entre los cuatro niveles piagetianos brevemente sintetizados aquí, lo cual, además de ser prueba de una honradez intelectual poco frecuente, se constituye también como una inmejorable fuente para la reflexión actual sobre el trabajo sociológico.

Antes de pasar a la síntesis de este proceso continuo de crítica emprendido por Weber conviene referirnos a un sugerente y esclarecedor trabajo de Karl Popper sobre las posibilidades cognitivas propias del conocimiento humano y de las ciencias.

TRES CONCEPCIONES SOBRE EL CONOCIMIENTO HUMANO

Publicado por primera vez en 1956 –hace ya casi cincuenta años– Karl Popper escribió un ensayo titulado igual que este capítulo. Se trata de un texto cuya principal virtud, y no es poca cosa, consiste en ordenar la discusión en torno a las grandes tendencias con las que se concibe el saber humano posible.

Arranca su reflexión recordando el caso de Galileo. El asunto, como se sabe, tenía que ver con el sistema solar y la propuesta heliocéntrica de Nicolás Copérnico, que se contraponía a la antigua teoría geocéntrica, muy apreciada por la Iglesia debido a que se “acomodaba” mejor con sus supuestos creacionistas contruidos a partir del principio de la centralidad de nuestro planeta.

³ Esta propuesta de distinción de los dominios de la práctica epistemológica está expuesta con detalle en su obra *Tratado de lógica y conocimiento científico* (Piaget, 1979), sobre todo en los volúmenes I y VII.

Décadas antes del juicio a Galileo el sistema de Copérnico se enseñaba en todas las universidades de Europa sin problemas, pero bajo un valor entendido: que se asumiera como una hipótesis instrumental, más cómoda para ordenar los fenómenos celestes, y de ninguna manera como verdadera, esto es, ajustada a los hechos. Galileo, por supuesto, aceptaba que la teoría heliocéntrica era un instrumento de cálculo mucho más preciso que el anterior, pero fue más allá: se atrevió a decir que *así eran las cosas*, apoyado en su trabajo teórico y en las observaciones por todos conocidas. Ahí radicó el problema.

Una cosa era decir que se adoptaba el sistema de Copérnico en términos hipotéticos –*ex suppositione*–, lo cual significaba que “explicamos mejor las apariencias suponiendo que la Tierra se mueve y el Sol está en reposo [...]”, como lo sugería al propio Galileo el cardenal Bellarmino (Popper, 1983: 131), y otra muy distinta afirmar que se trataba de una descripción verdadera del mundo. El tema de fondo era la capacidad del intelecto humano para alcanzar la “verdad” con independencia o, peor aún, contradiciendo a la revelación.

De esta forma se perfilan las dos primeras concepciones del conocimiento: una, “la explicación última por vía de las esencias”, y la segunda, el “instrumentalismo”. En la primera se postula que es posible alcanzar la verdad –la adecuación de la mente a la cosa, Aristóteles *dixit*– y en la otra se elude el juicio sobre la correspondencia de una idea con la realidad para conformarse con el hecho del poder de cálculo instrumental de una propuesta: ¿funciona el modelo tal y como ha sido elaborado? Adelante. ¿Es así la realidad? Pregunta estéril, tema de filósofos –que jamás se pondrán de acuerdo– o de teólogos y metafísicos.

Popper advierte que la primera concepción contiene tres doctrinas, a las cuales con propiedad llama el núcleo del “esencialismo”. Vale la pena describirlas:

- a) El científico aspira a encontrar una teoría o descripción verdadera del mundo (y especialmente de sus regularidades y leyes) que sea también una explicación de los hechos observables.
- b) El científico puede establecer, finalmente, la verdad de tales teorías más allá de toda duda razonable.
- c) Las mejores teorías, las verdaderamente científicas, describen las “esencias” o “naturalezas esenciales” de las cosas, las realidades que están detrás de las apariencias [...]. Tales teorías no necesitan ulterior expli-

cación, ni la admiten: son *explicaciones últimas*, y hallarlas es el objetivo final del científico (Popper, 1983: 137-138).

Popper declara su acuerdo, sin reservas, con la primera, pues la aspiración a hallar teorías o descripciones que tengan que ver con el mundo le parece irrenunciable. Es la parte de la tradición de Galileo que le interesa sostener. Con las otras dos está en desacuerdo, sobre todo con la última.

Al estudiar el instrumentalismo reconoce la importancia de que las teorías sean instrumentos de cálculo excelentes, pero si a eso se reducen, si se niegan a afirmar algo sobre el mundo, le parece una traición no sólo a Galileo sino al proyecto científico en general y a las bondades que el pensamiento crítico ha traído consigo en materia de desterrar prejuicios y supercherías. Unos pecan por exceso y otros por cobardía ante la crítica o hartos de la confusión supuestamente epistemológica producida por los filósofos ignorantes de la ciencia.

¿Qué hace Popper con los elementos que son rescatables de ambas? Pues arma la tercera concepción, a la que denomina: “conjeturas, verdad y realidad”. “Las teorías son nuestras propias invenciones, nuestras propias ideas; no nos son impuestas desde afuera, sino que son nuestros instrumentos de pensamiento forjados por nosotros mismos” (Popper, 1983: 153). Cuando las contrastamos con la realidad hay ocasiones en que “chocan” con ella, y nos indican sus límites: no hay más remedio que reconocerlo y, más aún, a juicio del filósofo inglés es justamente ese proceder –el intento constante de refutarlas– el motor del avance científico.⁴

De este modo, toda teoría es una genuina conjetura respecto del mundo, de los objetos de conocimiento que importan al científico, pero nunca serán conocimientos últimos ni “sustanciales” a la manera del esencialismo, ni “simples” instrumentos de cálculo. La ver-

⁴ Existe una fuerte crítica a Popper en cuanto a su idea del desarrollo de la ciencia con base en refutaciones, y no porque no sea de la mayor importancia “probar” las teorías, sino porque de la refutación no se sigue la generación inmediata de otra teoría, como él supone. Rolando García ha insistido mucho, y con suma claridad, en este tema: la teoría aristotélica del movimiento fue refutada miles de veces, durante siglos, sin que surgiera –por ese simple hecho reiterado– una alternativa teórica. Una nueva teoría surge cuando otra pregunta inaugura un espacio nuevo para acomodar y estabilizar, de manera relativa, lo antaño sabido con lo que causaba ruido previamente. No es el tema de este trabajo la crítica a este punto en la teoría de la ciencia de Popper, pero vale la pena señalarla.

dad es siempre provisional y a la realidad sólo puede aproximarse de manera parcial todas las veces.

Es notable el esfuerzo sintético de Popper en este ensayo, tanto por su claridad como por su afán de rescatar, de posiciones aparentemente irreconciliables, una alternativa novedosa sujeta a crítica. Es, a mi entender, un esfuerzo claramente científico y muy parecido al emprendido por Weber al enfrentar a las dos tradiciones contrapuestas en su tiempo: el positivismo y el historicismo.

EL “PASADO EN CLARO” DE LA PROPUESTA WEBERIANA

En la escuela nos enseñan a “pasar en limpio” la tarea desde pequeños. Consiste en ocultar los vaivenes propios de un trabajo intelectual, por elemental que sea –tachaduras, enmiendas, manchas o garabatos poco claros. La idea de un “pasado en claro” es otra y su denominación procede de uno de los poemas más entrañables de Octavio Paz. En esta obra, el poeta ajusta cuentas con su pasado, pero no oculta las contradicciones que toda vida implica. Las pone en claro hasta donde le es posible. Persiste, convive, la huella del dolor y del placer, de lo advertido y lo soterrado, de la contradicción. Valga un ejemplo:

Familias.

Criaderos de alacranes:

como a los perros dan con la pitanza
vidrio molido, nos alimentan con sus odios
y la ambición dudosa de ser alguien.

También me dieron pan, me dieron tiempo,
claros en los recodos de los días,
remansos para estar solo conmigo

OCTAVIO PAZ (1985: 27)

Bien leídos, los textos metodológicos de Weber, en otra clave –la de la ciencia– acusan el ir y venir de una mente atenta a sus contradicciones pero asida, lo más posible, a la claridad del rumbo: hacer posible a la sociología como actividad plenamente científica. Como ya lo anotamos, Max Weber cambia la pregunta y tiene razones poderosas para hacerlo. Se ubica en el dominio epistemológico interno de la sociología y batalla denodadamente por hacer factible

su proyecto. Por supuesto, tiene posiciones al respecto del dominio epistemológico derivado, pero con prudencia trabaja centrado en la fundamentación de la sociología comprensiva. No cabe, de ninguna manera, en la clasificación popperiana como esencialista, ni se adhiere al instrumentalismo, aunque algunas de sus soluciones, más bien pragmáticas en el terreno metodológico, podrían conducir a confusión. Asimismo, anticipa de manera sorprendente muchos dilemas de las ciencias naturales posteriores y concibe a la construcción conceptual –sobre todo al papel de los tipos ideales– como una estrategia que se sabe inhallable en el mundo, pero que opera como parámetro de contraste con el curso real de las acciones humanas, lo cual le permite establecer hipótesis sobre los tipos observables y ponerlas en correspondencia con los hechos teóricamente elaborados.

En muchos aspectos de su reflexión sobre las ciencias humanas a Weber no le faltaba razón. Le sobraba. Lo que no pudo saber es que también eran pertinentes para toda actividad científica, como lo ha demostrado la historia de la ciencia hasta la fecha. ¿Cuál es el saldo de la reflexión metodológica de Weber, que me atrevo a denominar ahora su balance en términos de epistemología interna para las ciencias sociohistóricas?:

- a. *Las ciencias histórico-sociales han de concebirse, con toda propiedad, como ciencias.* Luego de mucha reflexión y estudio Weber considera infundada la dicotomía radical entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu. Cierra, con ello, la (falsa) salida metafísica para ambas mostrando que no es sostenible una distinción ontológica entre los objetos de las diversas ciencias: todos son, en tanto objetos de conocimiento, *fenoménicos*, para emplear el lenguaje kantiano. Con mucha precisión, el gran sociólogo alemán refuta la posición que postula como componente intrínseco de la acción social –como elemento ontológico inherente a ella– su carácter *irracional*, en el sentido de incalculable. A su entender esta supuesta diferencia ontológica no es más que otra manifestación de la dicotomía estéril entre naturaleza calculable y acción social “dignificada” por su “incalculabilidad esencial”. “No es posible hablar sin restricciones –asegura– de un *plus* objetivo de irracionalidad inherente a la ‘acción’ humana, *independientemente* de nuestros puntos de vista valorativos” (Weber, 1985: 77).

Como buen conocedor de Kant sabe perfectamente que eso es imposible de sostener, so pena de incurrir en la pretensión, también imposible, de hallarse en el terreno del conocimiento *nouménico*: el en-sí de las cosas.

Es por la misma razón que argumenta que tampoco es posible postular valores incuestionablemente universales como fundamento de las ciencias de la acción. Hacerlo es simple y llanamente metafísica sin asidero en algún proceder científico propio del conocimiento humano, además de supina ignorancia de la historia social.

- b. *Las ciencias históricosociales no deben, para cumplir a cabalidad con su condición de ciencias “sin adjetivos”, reducir su proceder al protocolo establecido por las exitosas ciencias naturales.* Es aquí donde encuentro, de acuerdo con el conocimiento profundo de Aguilar, un aspecto fundamental de la obra de Weber: sería lógico esperar, una vez rechazada la solución metafísica de la dicotomía anterior, que el único camino fuese la adopción de los procedimientos de las ciencias de la naturaleza de corte positivista. Weber también lo cierra, por inconsistente, y será menester que proponga un criterio de diferenciación no ontológico. Es justamente lo que hace.
- c. *El criterio a su juicio pertinente para la diferenciación de las ciencias lo establece en la diversidad de sus “intereses cognitivos”.* No se distinguen las ciencias, entonces, por la supuesta “naturaleza” irreconciliable (¿incommensurable?) de sus objetos, sino por las características de sus métodos en el aspecto crucial de toda ciencia: la forma de elaboración conceptual, la cual reside en el campo del sujeto cognoscente, no en la realidad, sea como sea que se defina este término polisémico. El sujeto, conforme a la posición crítica kantiana, no es un receptor pasivo, sino un actor, en el proceso del conocimiento. Sin mediación conceptual, afirma muchas veces, la actividad científica no es posible (Weber, 1993: 9).
- d. *Hay un distinto tipo de búsqueda de razones entre las ciencias de la naturaleza y las de la acción social; varían por su diversa “sed de explicación causal”.* Para decirlo con otras palabras, las ciencias son distinguibles debido a la variación de su horizonte en la necesidad de explicación. Como se puede advertir, Weber es coherente al fincar la distinción de las ciencias en

el “interés cognitivo” que las anima, pues éste no es un asunto metafísico sobre la “naturaleza” de los objetos, sino propiedad de las intenciones y tradiciones del sujeto que investiga. Es social y epistémico (Weber, 1985: 91 y 92).

- e. *De lo anterior se sigue, lógicamente, que hay dos “esferas del conocimiento”: una, la de las ciencias de la naturaleza, en la cual la sed de explicación causal se sacia con la reducción del caso particular a una regularidad establecida como ley teóricamente fundada, y otra, la de las ciencias histórico-sociales en que, además de esto, es preciso interpretar el sentido de la acción. En las primeras la interpretación no interviene; en las segundas sí, y constituye su condición de posibilidad.* En el caso de la esfera de lo interpretable el interés cognitivo se orienta a la constatación de la no contradicción entre los hechos particulares puestos en relación con las regularidades establecidas por el saber nomológico, por “nuestro saber de experiencia”. En la esfera de lo interpretable, propia de las ciencias de la acción social, además del trabajo con base en regularidades observadas el interés cognitivo las conduce a la necesidad de comprender las razones que orientaron a la acción “a ser así y no de otra manera”, lo cual implica ir más allá de la “simple” constatación.

El proceder metodológico de las ciencias histórico-sociales queda, así, comprometido –como en toda ciencia– con la elaboración conceptual, pero obligado a un paso más: la interpretación de la acción.⁵

- f. *Para Weber lo propio del proceso de elaboración conceptual en las ciencias pertenecientes a la esfera de lo interpretable consiste en ligar la explicación con la comprensión, esto es, en la gigantesca labor de combinar, de manera creativa y controlada analíticamente, el esquema causa-efecto con el de medios-fines.*

⁵ Al estudiar los *Ensayos sobre metodología sociológica* y la primera parte de *Economía y sociedad* hay ocasiones en que surge la duda sobre si Weber ubica siempre el impulso a la interpretación derivado del interés cognitivo del investigador, o si algunas veces resbala un poco hacia una suposición de diversidad de los hechos de referencia. No creo que sea dominante, pero tampoco sería raro, que ocurriesen estas oscilaciones, dado que nuestro investigador estaba enfrentando temas muy complejos. Para poner un ejemplo similar, al analizar el pensamiento de Darwin podemos encontrar como, en su propuesta fundamental, resbala en ocasiones hacia nociones lamarckianas. No es posible exigir coherencia absoluta a quienes están abriendo camino.

Para, de este modo, poder establecer relaciones causales que expliquen comprendiendo, o comprendan explicando. No es menor el reto de su propuesta para hacer sociología. Por ello señala que la sociología comprensiva que propone implica una muy constante relación entre historia y sociología, de tal manera que la primera tenga un asidero empírico como control –y no sea una mera novela– y la segunda no se vea reducida a un conjunto de regularidades estables, huecas, no aplicables a la dinámica histórica.

Hay un aspecto muy claro en la reflexión weberiana: todo conocimiento empírico (ya sea referido a lo natural o a lo espiritual, a los procesos internos o a los externos) “está siempre vinculado al instrumento de la ‘elaboración conceptual’ y la esencia de un ‘concepto’ es lógicamente la misma en ambos casos” (Weber, 1985: 150-151).

En síntesis:

[...] en la concepción weberiana el tema de la causalidad es el elemento central en la diferenciación entre las ciencias: en las ciencias sin necesidad de interpretación la causalidad se reduce a la probabilidad de ocurrencia de los fenómenos, con arreglo a una regularidad generalizada por inducción. En las ciencias comprometidas con la interpretación, debido a la necesidad de elaborar esquemas teóricos que hagan posible comprender el sentido de las acciones, el sujeto (cognoscente) no se reduce a constatar, sino que le es asignada, con claridad, la función de imputar a las relaciones constatadas un direccionalidad de tipo causal, en un contexto de regularidades comprendidas y con cierto grado de verosimilitud (Gil Antón, 1997: 215).⁶

A casi un siglo de la elaboración de esta propuesta, insisto, su validez y coherencia resultan tan actuales que sólo se le puede reprochar –es un decir– que no se haya postulado como el proceder propio de toda actividad científica. Su autor nunca se propuso hacer epistemología derivada, por lo que en realidad no es un reproche o crítica. Lo que trato de afirmar es que las ciencias han evolucionado

⁶ Para el lector interesado en un esfuerzo detallado por distinguir estas características, reorganizadas desde el constructivismo genético, solicito la lectura y crítica de mi texto *Conocimiento científico y acción social: crítica epistemológica a la concepción de ciencia en Max Weber* (1997).

do de conformidad con lo que creía Weber como exclusivo de las ciencias de la acción social. Obviamente, no viene al caso atribuir sentido intencional a la relación entre los fenómenos de la naturaleza; se trata más bien de destacar que, aun en las ciencias más ajenas a la actividad humana, la sed de explicación causal requiere y requerirá de interpretación, esto es, de una propuesta teórica en la que descansa la verosimilitud inteligible de sus aseveraciones. Weber tenía razón, pero no sabía cuánta.

LA PRESENCIA INELUDIBLE DEL AZAR

Recapitulando, es necesario acercarnos a un cierre de esta reflexión que quiere sumarse al merecido homenaje a Max Weber luego de cien años de las primeras versiones de sus trabajos sobre sociología de la religión. Al modificar la pregunta Weber inaugura una posibilidad para el desarrollo de la sociología vigente y que muchos investigadores, sin darse cuenta o incluso repudiando sin entender la obra del sociólogo alemán, siguen de manera inevitable.⁷ No hay otra forma de hacer posible el conocimiento humano, en cualquier campo, que mediante la elaboración conceptual, y los conceptos, las teorías, son “invención libre del pensamiento humano”, como lo afirmara Albert Einstein (1981: 274). No proceden de la experiencia: la hacen posible. O como lo decía Piaget, con la contundencia de un genial innovador de la epistemología: “Uno no sabe lo que ve. Ve lo que sabe”.

En términos del constructivismo piagetiano, Weber trabaja en el dominio epistemológico interno de su disciplina y apunta a cuestiones de epistemología derivada con prudencia. Siempre reconoce que hay otros expertos en esos temas, pero su propia reflexión lo hace anotar tendencias –“propensiones” diría Popper en sus últimos textos– que han resultado pertinentes en el desarrollo de la actividad científica durante todo un siglo. Weber no es un epistemólogo “profesional”, pero menuda lección les brinda al ser tan consciente del proceso constructivo de todo concepto, incluso de los más abs-

⁷ Es frecuente, en nuestro medio, escuchar a profesores de sociología, incluso “laureados” con becas, estímulos y otros oropeles, señalar que como la realidad no es como la propuso [sic] Weber al construir un tipo ideal, es necesario... ¡hacer otro! Contra la ignorancia y la desidia no hay defensa.

tractos y supuestamente nítidos. ¿Hay alguien que haya “visto” ahí, en la tierra ignota llamada realidad, una figura geométrica cuyos ángulos internos sumen, efectivamente, 180 grados, a la que llamamos triángulo? Nadie. Es una construcción típico ideal, lo mismo que las nociones de vacío absoluto o atracción universal, clases sociales o tipo ideal de dominación burocrático-legal.

Weber ofrece, a mi entender, un camino para el proceder sociológico consistente en la elaboración de conjeturas genuinas, como sugiere Popper. Construye el parámetro de una imposible acción plenamente racional para, a contraluz de ese esquema de comparación analítico, observar las desviaciones necesarias y, con base en ellas, construir hipótesis sobre el curso real de los hechos. Esas hipótesis, y no los tipos ideales, son los que han de menester su puesta en correspondencia con los fenómenos a estudiar de la forma más exigente posible, y con la expectativa de que una vez explicado el modo de operar pueda ser comprendido –y criticado– por alguien que no comparta los valores en los que descansa toda propuesta de análisis. Es un proyecto de construcción científica que aspira a la comunicación con los demás.

Las (mal) llamadas ciencias duras desde hace muchos años reconocen la presencia ineludible del azar en todo proceso explicativo. Einstein acota el alcance pretendidamente universal de la mecánica newtoniana. Y el desarrollo de la física cuántica anuncia, pese a la resistencia del propio Einstein, a un “dios” que juega a los dados. No se diga el impacto de la teoría de Darwin si se la ve con precisión: la evolución de las especies deriva de un proceso de mutación aleatoria incesante que, de manera imprevisible –incalculable en la predicción– hace factible la adaptación por selección natural de alguna o algunas de las variaciones posibles en interacción con un contexto cambiante y, a su vez, sin planeación posible: casual.

El azar nos atemoriza. Y aunque sea superficialmente una paradoja los estudiosos del azar han encontrado sus “leyes” o propensiones con el fin de estimar el error que toda aproximación humana cognitiva tiene al ponerse en correspondencia con los datos analíticamente iluminados.⁸

⁸ “Dios” juega a los dados, se podría decir, pero nos es posible calcular, de manera aproximada –a veces hasta el catorceavo decimal– la forma de cargar los dados en las propensiones naturales: sus regularidades probabilísticas.

De nuevo Piaget: “¿La realidad *está* organizada?, le preguntan. No lo sé, es imposible afirmarlo, pero lo que sí se puede decir es que es [cognitivamente) *organizable* [...], pero no de cualquier manera.”⁹

Ahora contamos con la edición crítica –más una docta introducción– a cargo de Francisco Gil Villegas de ese libro que todos citan, algunos leyeron, pero que no existió como se nos había presentado: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Enhorabuena por un aporte tan oportuno. Su estudio permitirá afirmar, con mayor conocimiento de causa, otra significativa aportación de Weber no sólo a la sociología, sino al debate sobre las ciencias en nuestros días: toda ecuación probabilística tiene un componente de azar, de error, en el proceso de intentar atrapar la realidad, natural o social, eligiendo los factores teóricamente relevantes. Suele indicarse, en nuestro campo de estudio, con la letra griega *Epsilon*.

No hay, para Weber, “leyes” en materia de análisis social a la manera de la propuesta positivista. En su caso, hay regularidades, y es un placer intelectual notar en los escritos weberianos la reiteración sobre la *probabilidad* de tales eventos recurrentes. Hay espacio para el azar. En contra de cualquier dicotomía radical entre las causas “materiales” y la eficacia histórica de las ideas, la sociología weberiana propone una consideración multicausal que no elimine el concurso de ambas en la constelación de factores que convergen en los fenómenos histórico-sociales.

Nada más lejano a la opinión, y al estudio detallado de Weber, que la falsa atribución a la ética protestante del surgimiento del capitalismo. Afirmarlo es una simple barbaridad, pero no lo es la propuesta, analíticamente fundada, de la modificación de una cosmovisión de la vida, el trabajo y de los vehículos para asegurar la salvación eterna, que deriva de la Reforma, del ascetismo protestante y del sentido de la vocación luterana.¹⁰ Debido al deseo de salvar la vida en el más allá, este cambio en la visión del mundo a que da lugar la reforma protestante produjo, de manera inesperada, modificaciones en la conducta económica que condujeron a solidificar una ten-

⁹ Esta frase, no necesariamente textual, la relata Rolando García en sus cursos de epistemología genética. La cita en el contexto de una conversación de Piaget con miembros de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética.

¹⁰ En otra parte intenté profundizar en este aspecto. Véase mi artículo: “En torno a la propuesta weberiana: el papel de lo imprevisto” (2001). Me he propuesto revisar este artículo una vez que concluya el estudio de la edición crítica de Francisco Gil Villegas.

dencia ya presente: la racionalidad –el cálculo– como guía en la vida moderna.

No es *el factor causal* único, ni suficiente, para el surgimiento del capitalismo occidental, pero sí es propuesto por Weber como un factor relevante, inesperado si se quiere, y ahora ya vacío de su sentido trascendental, para que el capitalismo occidental fuese así animado –orientado por lo que llama un espíritu– y no de otra manera.

Una propuesta para hacer sociología que da cabida a lo aleatorio, a lo sorprendente, no niega la relevancia de sus relaciones con tendencias económicas y de todo tipo; sólo incluye –nada más pero nada menos– un proceder atento a la complejidad del fenómeno social que se estudia: puede ser el surgimiento de un espíritu que alienta cierta conducta económica, o el intento por estudiar la profesión académica e incluir, en su reconstrucción, la aleatoria oportunidad de ser profesores que se abrió a decenas de miles de jóvenes que en los años setenta buscaban ser abogados, médicos, ingenieros o químicos en sus campos profesionales de referencia. A la oportunidad la pintan calva, dice el refrán, y hoy nuestra planta académica está repleta de antiguos jóvenes que la tomaron sin haber pensado en ella previamente. Eso fue factible en los setenta y ochenta del siglo pasado: ya su última década y los primeros años del *xxi* presentan otra constelación de condiciones.

Desde la práctica de la investigación en este campo es de notarse la importancia del impacto de una idea –los cuerpos académicos– en el diseño de las políticas públicas. Salvando las distancias, una cosa era la idea típico ideal de las características propias de estas entidades, elaborada por un grupo de trabajo en la Universidad Autónoma Metropolitana, y otra su posterior conversión en formatos cada vez más vacíos de contenido y que pretenden dar cuenta de su existencia. Las ideas son eficaces en el desarrollo de las instituciones no sólo cuando son atendidas con fidelidad, sino incluso cuando son pervertidas por la prisa en generar indicadores.

Max Weber es hoy un buen compañero en el trabajo de investigación social, pues la propuesta de hacer sociología sigue dando frutos, aun en donde no se la reconoce o se la suplanta, por mediocridad formativa, con “nuevos” sociólogos que no tienen empacho en colgarse méritos ajenos como si fueran propios. No es mala consecuencia si se la ve con amplitud de miras: es ya, en muchos casos, del dominio público –como ciertas canciones populares– aunque se vista, arrogante, de “neo” o “post” cualquier cosa.

Max Weber resumía, en su análisis sobre las diferencias de las ciencias, que las histórico-sociales estaban condenadas a la “eterna juventud”, pues la construcción conceptual no cesaba nunca, era renovable siempre, debido a la mutación de la constelación de valores en que se fincan las distintas sociedades (Weber, 1993: 94). Lo mismo pasa en las otras ciencias al generar nuevas teorías no exentas de interpretación analítica. Weber es vigente porque le fue concedido un don escaso: su profecía de la eterna juventud de las ciencias de la acción se trasminó a su aporte general de atención cuidadosa al dominio epistemológico interno. Tenía razón, y bastante. Quien así haga ciencia, y no sólo social, no necesita ser weberiano confeso: de todas maneras lo sigue en esa ruta, y es su socio en el afán por el saber y sus frutos, no siempre dulces. Enhorabuena, profesor Weber.



BIBLIOGRAFÍA

Aguilar Villanueva, Luis Fernando

- 1989 *Weber: la idea de ciencia social*, vol. 1, “La tradición” y vol. 2, “La innovación”, Miguel Angel Porrúa y Coordinación de Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México, México D. F.

Einstein, Albert

- 1981 “On the Method of Theoretical Physics”, en Carl Seeling (comp.), *Albert Einstein, Ideas and Opinions*, Laurel Editions, Nueva York.

Gil Antón, Manuel

- 2001 “En trono a la propuesta weberiana: el papel de lo imprevisto”, *Estudios sociológicos*, vol. xix, núm. 57, El Colegio de México, México D. F.
- 1997 *Conocimiento científico y acción social: crítica epistemológica a la concepción de ciencia en Max Weber*, Gedisa, serie “Filosofía de la ciencia”, Barcelona.

Paz, Octavio

- 1985 *Pasado en claro*, Fondo de Cultura Económica, col. “Letras mexicanas”, México D. F.

Pérez Franco, María Lilia

- 2004 “Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, introducción y edición crítica de Francisco Gil Villegas”, *Sociológica*, núm. 55, mayo-agosto, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, México D.F. pp. 303-316.

Piaget, Jean

- 1979 *Tratado de lógica y conocimiento científico*, vol. I, “Naturaleza y métodos de la epistemología” y vol. VII, “Clasificación de las ciencias y principales corrientes de la epistemología contemporánea”, Paidós, Buenos Aires.

Piaget, Jean y Rolando García

- 1992 *Psicogénesis e historia de la ciencia*, Siglo XXI, México D. F.

Popper, Karl

- 1983 “Tres concepciones sobre el conocimiento humano”, en *Conjeturas y refutaciones: el desarrollo del conocimiento científico*, Paidós-Studio, col. “Básica”, Buenos Aires, Argentina y Barcelona, España.

Weber, Max

- 2003 *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, introducción y edición crítica de Francisco Gil Villegas Montiel, Fondo de Cultura Económica, México D. F.
- 1993 *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- 1985 *El problema de la irracionalidad en las ciencias sociales*, Tecnos, Madrid.
- 1984 *Economía y sociedad*, séptima reimpresión, Fondo de Cultura Económica, México D.F.